

LABOY

SOBRELETRAS

POR
LUIS INÍGO MADRIGAL

CIELORRASO

de Waldo Rojas

"Para mí la poesía es una disciplina específica, es decir, no es una actividad mediatizadora de nada, ni conductora de otra cosa que del fenómeno propiamente poético, lo que no quiere decir que no transite un territorio sustantivo, como diría Lezama Lima. Pienso que la poesía es una forma de actividad específica, sometida a sus leyes, poseedora de una dinámica propia que la desumbilica, por ejemplo, de la filosofía, o de la política, etc., a pesar que puede tener relaciones, legítimas o ilegítimas, con cualquiera de esas otras disciplinas. Pienso que en el caso específico de lo que yo hago, la poesía para mí se postula como un todo, más que como una serie sucesiva de poemas: como una especie de obra en sentido medieval: más que un collar de poemas, que se prolonga por el extremo sin sentido, mi poesía es un crecimiento, cada poema es un grado y un crecimiento de algo que sólo tiene sentido como total".

Quien así habla de su obra, con un sentido casi artesanal, que se conjuga con su concepción del poeta, más que como un iluminado, como un creador cauteloso y consciente ("Si es verdad que soy poeta - decía García Lorca - por gracia de Dios o del Diablo, también es porque sé perfectamente lo que es un poema"), es Waldo Rojas. Nacido en el Sur, en 1943, ha publicado anteriormente **Agua Removida** (1964) y **Príncipe de Naipes** (1966). Su último libro, recientemente aparecido (**Cielorraso**, Santiago de Chile, Ediciones Letras, Colección El Basilisco, 1971, 42 pp.), se inscribe dentro de la concepción de la poesía que hemos citado, pero, aún dentro de ella, conserva diferencias específicas.

"Considero que empecé a entender la poesía como ahora la entiendo - aclara Rojas - a partir de **Príncipe de Naipes**, o mejor dicho, a partir de algunos poemas que conforman ese libro. En ellos ya asumo la poesía como una actividad específica, según la he definido. **Agua removida** es una colección "pre-literaria", escrita al calor de lecturas adolescentes, sin mucha claridad, sobre lo que es la actividad de escribir y que no tiene para mí otros valores que los autobiográficos y sentimentales. A partir de **Príncipe de Naipes**, en cambio, pueden encontrarse algunos elementos que persisten en **Cielorraso**: un sistema de obsesiones, cierta determinación del lenguaje en el que reside fundamentalmente, para mí, la poesía misma. No creo que lo poético esté en las cosas: lo poético es una capacidad del lenguaje que hay que despertar y asediar. En **Cielorraso** nada es casual, ni la distribución de los poemas, ni la relación de uno con otro".

Efectivamente, el nuevo libro de Waldo Rojas guarda cierta coherencia entera, a la que no es ajena el título mismo del volumen. Cielo raso, en su doble connotación de techo de las habitaciones y de cielo "libre de nubes y niebla", responde a los dos ámbitos entre que se mueve la poesía de Rojas: el mundo personal, íntimo, de que suele ser símbolo la casa (con toda su libertad, su opresión, sus contradicciones) y el espacio amplio libre, no ajeno, no obstante, a semejantes tensiones que el anterior. El espacio cerrado y el espacio abierto entran así en una relación dialéctica a la que contribuyen los sentimientos de alienación y libertad. "La conciencia de un antagonismo entre vida individual y existencia social - señala el poeta - está resuelta en mi poesía como un desgarramiento, como una especie de escorzo doloroso a través del cual se trata de denunciar la alienación, es un poco la figuración literaria de un grado de enajenación que contiene dentro de sí los elementos de su crítica: hay poemas como **El grito**, que introduce el libro y lo tira, o como **Visitar a los enfermos, Sala de Espera**, etc., donde son pesquisables los motivos centrales del todo: siempre hay un personaje en ellos que es un personaje acosado, por la muerte, por la soledad, por la carencia de su dimensión de sujeto, por su cosificación".

Tal caracterización corresponde estrictamente a la primera parte del volumen, la que consta bajo el título total. La segunda parte, titulada "Memoria, memoria", a pesar de que contiene semejantes elementos a la que la precede, muestra una preocupación preferente por el intento de precisar el lenguaje, de establecer un diferenciado, propio, lenguaje poético. Tal preocupación por el lenguaje no es nueva en la obra de Rojas: si hay algo que distinga a éste, confirniéndole fuertes rasgos de originalidad y calidad, dentro de las promociones jóvenes de nuestra lírica, es la cuidadosa elaboración de su obra, tanto en los aspectos semánticos, como sintácticos, y, sobremanera, rítmicos. El poeta distingue dos tipos de lenguaje: el "adormilado", propio de lo coloquial, cotidiano, y el "alertado" propio de la literatura y, especialmente, de la poesía. En este sentido, sus poemas difieren claramente de la llamada "poesía conversacional", tan en boga no sólo en Chile sino en toda Hispanoamérica, e incluso de la "antipoesía" (aunque Parra cuenta con la admiración poética de Rojas).

Esta preocupación por el lenguaje se

traduce en "ciertos arcaísmos, ciertas palabras absolutamente inhabituales, cierta construcción paramétrica (utilización de versos tradicionales que fulgurán) y la utilización de combinaciones que resultan gratas al oído...". Se trata, dice Waldo Rojas, "de poner en juego la totalidad de las posibilidades del lenguaje, por ejemplo, la relación inmediata de la significación, de las palabras con su valoración sonora, la diferenciación de la pronunciación, de la lectura del poema, con el lenguaje hablado".

La obra de Waldo Rojas aun así a la potencia creadora, una meditada elaboración: se trata sin duda de uno de los valores de mayor rango dentro de la joven poesía chilena. Inscrito dentro de la tradición poética nacional, por la que confiesa profunda admiración, su pléyade personal incluye también la poesía francesa, la inglesa (de cuyos metafísicos es perceptible alguna huella en su lírica) y, por cierto, la clásica española. Parra y Lihn "tienen un lugar en su hornacina", pero, con todo, su voz se cuenta entre las más personales de nuestra poesía.

Esta condición aislada implica sus riesgos. El colofón de **Cielorraso** dice "De este libro se ha hecho una tirada de cien ejemplares, numerados del 1 al 100, firmados por el autor y distribuidos por suscripción, además de un sobretiro de cincuenta ejemplares fuera de suscripción" lo limitado de la edición se explica, según Rojas, por una doble razón. Primero, porque, se lamenta, no tiene más de cien lectores en el país. Segundo, porque "la única posibilidad de hacer un libro como debe ser un libro de poesía, es decir, como una especie de objeto, es hacerlo uno mismo y para ello hacer una edición pequeña, que justifique el valor de suscripción". Rojas, escéptico, confía más en las revistas de poesía y en las revistas literarias que en las amplias tiradas editoriales, en lo que dice relación con la difusión de la lírica. Con todo, parodiando a Machado, piensa que la mayor ambición de un escritor consiste en escribir para el pueblo, salva sin embargo su responsabilidad, en cuanto los canales para cumplir tal anhelo (material y culturalmente) no existen aún. La posición, sin duda, no es irrefutable. Tal vez se pueda aplicar a ella el poema que cierra este **Cielorraso**:

Después de tantos años una puerta.
Abres, Baltazar, y a lo lejos una luz.
Ventanas
¿O espejos?